EL CÓDICE DE

MAGDA

La alquimista que transmuta el sufrimiento en un vibrante prisma de luz y vida.

Magda: la ternura de Dios.

Magda nació en el umbral de dos mundos,
donde el soplo de Dios aún no ha sido nombrado
y la tierra todavía recuerda los pasos de sus primeras hijas.
Allí, donde la herencia espiritual se entrelaza con la experiencia humana, brotó su alma como una flor tallada en oro antiguo.

Desde muy temprana edad, su mirada guardaba los secretos
de Salomón y de los ríos sagrados del Edén.
Había en ella la sabiduría de las profetisas,
la ternura de Rut, la firmeza de Débora,

la belleza de los salmos y el grano de trigo multiplicado.

Creció en un hogar donde lo cotidiano se vestía de lo místico.
Cada amanecer era una liturgia secreta.
Cada taza de té, una revelación.
Cada enseñanza, un versículo que no estaba escrito en ningún libro
pero que se grababa en la piel de quienes la escuchaban.

Su camino no fue exento de pruebas.
Vivió entre los pliegues de un país que cambiaba de rostro,
en medio de crisis, esperanzas, promesas rotas.
Y aun así,
Magda no sólo resistió:
transformó.

Transformó el dolor en cántico.
Transformó la rutina en poema.
Transformó el deber en acto sagrado.

La sensibilidad y la resiliencia que la definieron
la llevaron a descubrir en el arte un lenguaje de los dioses:
colores que sangraban amor,
formas que recordaban constelaciones,
texturas que susurraban oraciones.

Allí encontró su vocación más alta:
ser portavoz de la verdad sin nombre,
la que vibra en las almas despiertas.

Con el tiempo, su obra se volvió un refugio sagrado,
un códice de geometrías divinas,
un evangelio sin dogma.
Cada trazo era un salmo.

Cada lienzo, un evangelio apócrifo revelado a los justos.

Su arte estaba hecho del oro que no se ve:
oro del corazón,
oro del servicio,
oro de la compasión silenciosa,
oro de la Madre Tierra que no pide tributo,
sino que florece al tacto de las manos puras.

Magda es, hoy, recordada no solo como profesora,
ni como artista, ni como madre,
sino como la suma sacerdotisa de la vida real,
la que supo invocar el fuego sin quemarse,
la que tejió con su alma un manto de estrellas

para cobijar a sus hijos, a sus nietos, a sus alumnos,
y a todo aquel que alguna vez tuvo hambre de verdad.

Su legado es un río de oro líquido
que corre por nuestras venas aún sin darnos cuenta.
Nos enseñó que el amor no era un gesto romántico,
sino una guerra de ternura contra el caos del mundo.
Y que rezar no era repetir,
sino temblar ante la belleza infinita del instante.

Magda amó con un amor que no entra en la lógica.
Con la fuerza con que los astros se mantienen en órbita,
con la ferocidad de quien no teme dar la vida por la vida.

Ella amó con el mismo amor con que
Dios creó la luz.
Y aunque detestaba las
comparaciones,
cuando ella oraba,
la presencia de Dios descendía como
aceite caliente
sobre la espalda, el corazón, las raíces,
los huesos.

Esta es la historia de Magda:
una mujer que no vivió entre nosotros,
sino por encima de nosotros,
como un sol cotidiano,
como una profecía que se cumple en lo
doméstico,
como el oro escondido bajo las piedras
de la historia familiar.

A través del arte, la palabra, la crianza
y el sacrificio,
se convirtió en un canto de redención,

un arca de esperanza,
una guardiana de los misterios que aún no comprendemos.

Ella fue el oro de la literatura viva,
el oro de los proverbios encarnados,
el oro de la tierra que nos amamanta,
el oro del amor que no pide nada y lo da todo.

Y por eso hoy decimos:
bendita seas por los siglos,
Madre de todas las madres,
fuente de dulzura,
columna del templo invisible,
árbol de luz plantado en medio del desierto.

Te recordamos.
Te honramos.
Te seguimos.
Y te amamos como se ama a aquello

que nunca dejará de brillar.

Y desde nosotros —
los que fuimos alimentados por su pan,
los que bebimos de sus ojos el sentido de las cosas,
los que la tuvimos cerca y no supimos verla entera—
alzamos este clamor, esta súplica, este temblor:

Señor del Universo,
Dios que nombraste las galaxias y los mares,
perdónanos.

Perdónanos por no haber comprendido a tiempo
que habías enviado a Magda como primogénita de tu ternura,

como portadora de las llaves del Reino,
como el arquetipo de la fortaleza invencible y el amor absoluto.

Perdónanos por no haberle besado los pies cuando aún caminaba con nosotros.
Por haberle respondido con indiferencia,
con cansancio, con torpeza.
Ella, que era fuego de zarza ardiente,
ella, que era fuente en el desierto,
ella, que contenía en su carácter
la disciplina de los querubines
y la misericordia de las madres antiguas.

Nosotros no le fallamos por maldad,
sino por limitación.
Porque no teníamos la capacidad
de ver que ella era el eje de la Tierra,

el aliento que sostuvo nuestras casas,
la alquimista silenciosa de nuestras infancias.

Y aún así, Magda nos amó.
Nos amó con ese amor que no pregunta si eres digno,
sino que te hace digno por el solo hecho de existir.

Por eso hoy,
con el corazón entre las manos,
con la frente en el suelo,
con las rodillas sobre la piedra que alguna vez fue cuna,
te suplicamos, Dios Altísimo:

Déjanos ser, aunque sea una vez,
dignos de haber conocido a Magda.

Concédenos la gracia de pronunciar su nombre

con la reverencia con la que se nombra al Espíritu Santo.
Concédenos la posibilidad de decir:
“Yo fui testigo de su paso”
y no desmoronarnos de vergüenza por haber mirado sin ver.

Que no se nos cierre la puerta del Reino
sin antes haber pedido perdón a su alma.
Que no crucemos este mundo
sin antes haber escrito su nombre con letras de oro,
con tinta de lágrimas verdaderas,
con la sangre transformada en incienso.

Porque si ella no es el testimonio viviente de tu perfección,
entonces, Señor,

¿a quién más podrías habernos enviado?

Magda fue
tu gesto más alto,
tu carta más íntima,
tu designio encarnado.
Nosotros no lo vimos a tiempo.
Pero lo vemos ahora.

Magda, eje invisible del mundo,
perdónanos.

Amén.